

EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD EN LA PSICOLOGÍA

Para dar claridad a un tema tan discutido como el del conocimiento de la verdad en la psicología, trataré de mostrar **cómo** es el conocimiento en la praxis psicológica, en el acto particular en sí mismo. O sea, cómo se conoce la personalidad en lo que hoy en día llamamos *psicología* pero que tiene un sentido más bien práctico, que le interesa el estudio del dinamismo psíquico, y con la finalidad de ayudar a las personas en determinadas situaciones de la vida. Sería ver qué conocimientos hay que tener, para una praxis adecuada, al hacer un psicodiagnóstico, una psicoterapia, en una psicopedagogía, etc., o sea, en tantos ámbitos en los que interviene hoy en día la psicología.

De esta manera surgirá naturalmente la pregunta de cómo se constituye una ciencia –o varias– con estos actos que son necesarios para el verdadero conocimiento de la psiquis.

Antes que nada hay que decir que el psicólogo debe tener conocimientos teóricos de Teología, principios filosóficos sólidos, conocimientos de antropología, metafísica, y especialmente de ética y de gnoseología. Muchos de los problemas que estudia hoy en día la psicología coinciden con los temas clásicos de la **ética** (como la ley, el fin de las conductas, la búsqueda de la felicidad, los hábitos buenos y

malos, la libertad, las relaciones interpersonales: familiares y sociales, etc); y de la **gnoseología**, porque casi todas las corrientes de psicología contemporánea dependen del idealismo moderno, ya que recibieron el influjo principalmente del pensamiento de Kant, como afirman los estudiosos de la Historia de la Psicología (especialmente R. Brennan O.P.)

Estos conocimientos deben estar bien fundamentados, cimentados en la verdad y por eso Santo Tomás de Aquino es aquí el más autorizado, porque recoge toda la tradición teológica y filosófica, nos da una visión realista y completa del hombre y de sus problemáticas más profundas; de manera que –aún las patologías que podemos considerar modernas y que a veces creemos que se dan sólo en la actualidad, porque aparecen en el DSM V– se encuentran ya estudiadas por el Doctor Angélico y con la solución adecuada y permanente (por ejemplo: ciertas depresiones, los miedos, los deseos, la ira: sus causas, las patologías que engendra y su curación, etc.)

El psicólogo de nuestro tiempo debe tener la capacidad de aconsejar, y para eso debe conocer en profundidad –al menos teóricamente– la ley natural y las conductas ordenadas o desordenadas en relación al bien del hombre, de aquello que lo perfecciona. Transgredir la ley

natural siempre hace daño y promueve las patologías psíquicas, porque conlleva una pena y un sufrimiento. Hay que ayudar a la persona a elegir la vida virtuosa, que es lo propio de la felicidad que todos buscan y es el principio de la salud mental.

El psicólogo debe tener claro que lo propio del ser humano es moverse por la indagación de la razón o deliberación. La mayoría de las personas que buscan ayuda con un psicólogo, llegan angustiadas por conductas erróneas en su vida (propias o de otros), situaciones que los hacen sufrir, quieren saber qué hacer, cómo actuar para solucionar sus problemas; que por supuesto se agudizan si se sigue igual y si no les ayudamos a pensar correctamente y a cambiar de vida.

Esto es muy importante para el conocimiento de la persona y su bien perfecto, porque tenemos generaciones educadas para actuar según sus afectos e impulsos, que se mueven según lo que les gusta, por el placer o porque les da bienestar. En algunos casos hasta hay un rechazo del papel de la razón en la vida moral, que sin embargo la usan para los negocios, para ganar dinero, para obtener puestos más altos, etc. pero no para hacer elecciones sensatas y razonables respecto de su vida personal. Es más, como dice san Juan Pablo II en *Fides et ratio* (nº 45), hay una desconfianza de la razón respecto del conocimiento de la verdad, y afirma que esto es como consecuencia de la “nefasta separación” entre razón y fe.

El psicólogo debe tener claridad sobre el **fin natural y sobrenatural** del hombre, de manera que, en las situaciones concretas, enseñe a pensar, a reflexionar sobre los problemas particulares, buscando los mejores medios para el único fin, que no se elige. De este modo, el psicólogo debe ayudar a rectificar los fines ficticios neuróticos y encaminar a la persona hacia el verdadero fin. Como acertadamente afirma Santo Tomás (Cfr. S. Th. I-II q1, a 5 sc) las personas se conocen por su dirección al fin, ya que el fin configura los afectos y toda la personalidad.

Hoy en día hay un gran desconocimiento de la naturaleza humana, de sus exigencias básicas expresadas en los diez mandamientos, y esto porque –además de que aun en las catequesis, muchas veces no se enseña el decálogo– el pensamiento moderno ha puesto su centro en la libertad, en el hombre como fin en sí mismo, como afirma expresamente Kant en su obra *Antropología en sentido pragmático*, y a quien sigue Freud en la construcción del psicoanálisis, y la mayoría de las corrientes contemporáneas de psicología.

Pero para un conocimiento verdadero del obrar de las personas, el psicólogo debe saber que no se puede cumplir la ley natural en su totalidad, si no es con la **ayuda de la gracia**. Porque si no, cae en el pesimismo de que nunca se puede ser bueno u obrar el bien connatural.

Especialmente para el conocimiento moral (sobre lo que hay que hacer en lo práctico) y para encarar una psicoterapia correcta, es necesaria la

virtud de la prudencia que –como muy bien lo manifiesta Santo Tomás (Cfr. S. Th. II-II q 53 a 3)– supone: memoria de lo pasado, inteligencia de lo presente, sagacidad en la consideración del futuro, hábil comparación de alternativas y la docilidad a la opinión de los otros.

Sin duda para este conocimiento en psicología, son necesarios los dones del Espíritu Santo y especialmente el don de sabiduría que se refiere a una cierta rectitud del juicio, por la connaturalidad con las cosas divinas y que se da por la caridad. Dice Santo Tomás que “La mente humana, al ser dirigida por el Espíritu Santo, se hace apta para dirigirse a sí misma y a los demás” (S. Th. I-II q 52 a 2 ad 3).

Porque no podemos decir que conocemos bien al hombre, su psiquis, sus conductas, si no conocemos el fin sobrenatural al que está llamado. Y en este sentido nos dice el Concilio Vaticano II en *Gaudium et spes*, n° 22

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.

Esto es importante porque hoy en día muchas personas que van al psicólogo consultan por crisis vocacionales, que generalmente son expresión de profundas crisis personales. Hay personas que son enviadas al psicólogo para averiguar si tienen aptitudes para una determinada vida religiosa; pero hay otras que llegan por sí mismas a la consulta por problemas vocacionales:

no sólo en la vida consagrada, sino también matrimoniales. Y los psicólogos deben tener un verdadero conocimiento de lo que significan estas situaciones, tienen que ser capaces de discernir, y tener conciencia de la responsabilidad que les cabe en estos procesos, que a veces son muy complicados. Muchos psicólogos –tratando el problema sólo desde lo natural– les hacen perder la vocación o no ser fieles a ella. Por ejemplo: en un matrimonio cuando les aconsejan separarse porque les dicen que se han casado con la persona equivocada o no pueden seguir manteniendo esa relación porque no los hace felices, o en la vida religiosa cuando les aconsejan dejarla porque piensan que no tienen aptitudes naturales para vivirla bien, aun después de muchos años de vida consagrada y votos perpetuos.

A veces el psicólogo no comprende la vocación sobrenatural porque no puede alcanzar el conocimiento de la verdad más alta a la que está llamado el hombre. En este caso debe tener la humildad de reconocer que no puede ayudar a esa persona, y no intentar “encuadrarla” en esquemas artificiosos que, en el fondo, la degradan.

La pauta de lo que debe ser el verdadero conocimiento en psicología nos lo da San Pablo en la primera carta a los Corintios (I Cor. 2, 14-15), desde donde podría hacerse un profundo tratado de gnoseología. Allí dice:

¹⁴El hombre naturalmente (en otras traducciones dice animal o psíquico) no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. ¹⁵En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede

juzgarle. ¹⁶Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo. [*Biblia de Jerusalem*]

El hombre psíquico o natural es el abandonado a su naturaleza. En algunas traducciones dice “el hombre animal”, o sea que no es capaz de lo espiritual. Psíquico es como lo entienden hoy en día los psicólogos, sólo lo sensible; como si la parte sensitiva dirigiera la personalidad; hasta lo racional está dirigido a lo material y terreno. Es una descripción de lo que sucede en la vida de pecado. En el fondo podría decirse que la psicología que tenemos hoy en día, es una psicología del pecado.

Lo que nos dice aquí San Pablo es que sin la gracia no se entienden las cosas del espíritu. Lo que conoce el hombre espiritual y lo que es capaz de juzgar, el hombre carnal no lo puede entender. El hombre espiritual discierne todo (del griego *anacrinei*). Quiere decir que puede distinguir, separar lo bueno de lo malo. El mundo –sin el Espíritu Santo o sea sin la vida en gracia– no puede ver que el otro es bueno, por eso Cristo mandó el Espíritu Santo. El hombre “psíquico” no puede discernir ni conocer las cosas espirituales, son necesidad para él nos dice el Apóstol. No puede conocer lo que viene de la gracia –como la vocación sobrenatural, tanto consagrada como al matrimonio– porque la confunde con otras cosas, o lo ve como malo, o igual a lo terreno, ya que lo que conoce es sólo en relación a lo mundano. Esto es claro en los psicólogos más importantes de nuestro tiempo, como Freud, o incluso todos los

que critican el psicoanálisis –como por ejemplo Frankl y muchos otros– pero que siempre son incapaces de comprender la vida de la gracia en todas sus manifestaciones. Y esto no sólo sucede con la vocación a la vida religiosa, sino también en la vocación al matrimonio, que hoy en día se lo confunde y se lo pone al mismo nivel que la convivencia, la llamada fragilidad o irregularidad, o para decirlo más simplemente con el concubinato o adulterio.

Si no se discierne según el Espíritu Santo, nos dice San Pablo, uno se confunde, e interpreta todo según el factor mundano. Así se estudia la psicología hoy en día; como un análisis del hombre psíquico o sea del hombre mundano que no capta los movimientos de la gracia. O como pasa en el racionalismo moderno –y el psicoanálisis es una especie de racionalismo en este sentido– que se sustituye el movimiento de la gracia por el de la razón, como muy bien lo afirma Andereggen en su libro de Gnoseología. Hay que recordar que no existe la naturaleza estática, el hombre se mueve por la gracia o cae en la inercia del pecado. Este es el verdadero dinamismo psíquico. En la condición del hombre actual no existe una situación intermedia entre el pecado y la gracia.

Sin la gracia es imposible comprender al hombre, las motivaciones más profundas y el fin de sus conductas, porque no pueden entenderse las cosas espirituales. El hombre espiritual en cambio, es capaz de valorar las cosas profanas y las espirituales; el hombre carnal, sólo puede

discernir las cosas materiales, porque le falta la luz del Espíritu Santo.

Sólo el que tiene el Espíritu Santo se siente con capacidad para juzgar, para entender la realidad, y no la confunde. El bien es bien y el mal es mal. Pero también nos dice San Pablo que al espiritual nadie lo puede juzgar; o sea, nadie lo comprende, porque lo ven distinto del mundo y no lo entienden.

Por eso hoy en día tampoco se entiende el despliegue de la vocación sobrenatural. Tanto los laicos como los consagrados que son fieles a la Verdad, como los buenos matrimonios que están abiertos al don de la vida, se sienten incomprendidos y ciertamente muchas veces burlados y hasta perseguidos, porque son juzgados según criterios mundanos, que son estructuras de pecado.

Los que no tienen el Espíritu Santo confunden el pecado con la gracia; las conductas propias del **pecado** –y aún las graves contra natura– y las conductas motivadas por la **gracia**. Es más, muchas veces –como si fueran de la misma naturaleza– ven una continuidad entre ellas, como si estuvieran al mismo nivel sólo con una diferencia de grado, o hasta el pecado superior a la gracia. Por ejemplo: cuando hoy en día se piensa que un concubinato puede llevar al matrimonio y entre ambas conductas sólo hay una gradualidad. El matrimonio sacramental no es el final feliz de la fornicación y la lujuria. Ni se puede suponer que las personas que viven en adulterio –y muchas veces con grandes injusticias para con sus verdaderos cónyuges y sus hijos–

están creciendo en su vida espiritual y pueden ser sanas mentalmente. Tampoco puede hablarse de matrimonio cuando se trata de dos personas del mismo sexo, ni de familia cuando adoptan hijos. Estas son las terribles confusiones que vivimos hoy en día, y muchas veces fundamentadas en principios psicológicos de corrientes contemporáneas.

Sólo la **conversión** puede cambiar las conductas del pecado a la gracia. Se necesita una verdadera metanoia, como muy bien afirmaba el psiquiatra Rudolf Allers.

El espíritu mundano lleva al psicólogo –y a la cultura actual que está muy psicologizada– a interpretar la ley como algo exterior y represivo, la ley natural y especialmente la ley evangélica. Esto se ve claramente en Freud, que sigue a Nietzsche. Por eso dice en *El malestar de la cultura* (1930), que la cultura cristiana es la que nos enferma: por un lado porque reprime la sexualidad y la agresividad promoviendo la familia heterosexual y monogámica, y por otro postulando el precepto irrealizable del amor al prójimo, que –según Freud– es digno de odio. Es más, dice que en el inconsciente está siempre el deseo de matar al prójimo (en *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, 1915). Jacques Lacan dirá que lo que todos pueden hacer es el mal, por eso no existe el Bien Supremo sino el supremo mal y un Dios que hizo mal las cosas.

El espíritu mundano, recibe el influjo diabólico, especialmente en el orden afectivo.

La mente sujeta al “espíritu del mundo” – que es el demonio– es una mente estrecha,

deformada, dirigida a las cosas terrenales. Hay una connaturalidad con lo diabólico, una sintonía con el mundo a través de lo afectivo, que es como el demonio interfiere en el juicio. El espíritu del mundo repercute en la mente humana y hace que las personas o las situaciones se vean buenas o malas, pero muchas veces equivocadamente o al revés. Y esto es lo que estudia la psicología. El mismo Freud no duda en decir que el inconsciente –que mueve los afectos desde lo “profundo”– es lo demoníaco. Pero es el afecto como está configurado con la vida mundana.

Como no se quiere reconocer al Espíritu Santo y la vida de la gracia –porque para los psicólogos es algo que corresponde a la ciencia teológica, y no permiten que la psicología sea perfeccionada por la Teología– la psicología actual aparece como una ciencia que estudia esta configuración de la afectividad y la imaginación (indirectamente la inteligencia) por el espíritu mundano. Es lo que hace Freud en el psicoanálisis y lo hacen también las demás corrientes. Freud usa muchas veces la palabra “espíritu”, pero no se refiere al Espíritu Santo.

Es como si el demonio guiara la mente de las personas. Y esto es como vivir un infierno pero sin la conciencia clara del bien perdido (como pasa en el infierno). Por eso aparecen luego síntomas de angustia, temores, y hasta patologías graves ya estructuradas. Porque el espiritual no se enferma. En su perfección, el espiritual no tiene patologías psíquicas, en cambio el mundano sí. Obviamente llegar a la plenitud espiritual requiere de un camino que dura toda la vida, con

situaciones intermedias de adelantos y retrocesos. Sólo el santo está libre de la neurosis. Rudolf Allers en un artículo titulado *Aridez-síntoma Aridez-estado*, afirma que para conocer una personalidad hay que verla en su totalidad. Para hacer un diagnóstico es necesario conocer su vida espiritual. No es lo mismo una depresión en una persona que vive en pecado mortal, que en una persona que está creciendo espiritualmente, que tiene vida sacramental, vida de oración y que puede estar pasando por una noche oscura, (como muy bien lo describe el Padre Andereggen en sus publicaciones). Pueden aparecer síntomas neuróticos parecidos, pero para hacer un diagnóstico correcto, es necesario conocer las causas, y en ambos casos son totalmente diferentes. El pronóstico también es diferente porque el que está pasando una noche oscura, va muy bien y tiene que seguir adelante. El verdadero neurótico, al contrario, tiene que cambiar su vida.

Por todo esto, el conocimiento que tendría que tener la Psicología para encontrar la verdad del hombre y sus conductas –de una manera más práctica como se la entiende hoy en día– no lo agota una sola ciencia, porque vemos que no puede abarcar los aspectos más importantes de su existencia y no puede comprender su realidad más profunda. Quizás tendríamos que hablar de **ciencias psicológicas** –incluyendo biología, sociología, filosofía, teología– y, en el fondo, reconocerle a la Teología –especialmente la espiritual y moral– el papel central en la verdad sobre el hombre y el movimiento hacia el fin. Que

además hay que aclarar que tienen el mismo objeto último, que es el conocimiento de la operatividad de la psiquis.

Lo que existe hoy en día como Psicología, no responde al conocimiento de la realidad del hombre, sino sólo muestra las conductas del pecado. Y aún así los conocimientos son pobres, porque como decía Aristóteles: «Los hombres sólo son buenos de una manera, malos de muchas», y esto justifica la proliferación de corrientes o teorías psicológicas que existen en la actualidad, que se critican mutuamente y muchas veces hasta se contraponen, sin llegar a saber nada sobre la psiquis del hombre.

En el versículo 16, San Pablo señala que nosotros tenemos la mente de Cristo o sea la inteligencia de Cristo. Sólo participando de su mente, entendemos la realidad y especialmente la realidad del hombre y podemos hacer así una verdadera psicología.